



CASA DE LA CULTURA
OAXAQUEÑA

Indelebles

Publicación mensual

JUANA CATALINA ROMERO

Número

10

2015



Lic. Gabino Cué Monteagudo
Gobernador Constitucional del Estado de Oaxaca

Maestro Othón Téllez López
Encargado del Despacho de la Secretaria de las
Culturas y Artes de Oaxaca

Lic. Guillermo García Manzano
Director General de la Casa de la Cultura Oaxaqueña

Lic. María Concepción Villalobos López
Jefa del departamento de Promoción y Difusión

Lic. Rodrigo Bazán Acevedo
Jefe del departamento de Fomento Artístico

Ing. Cindy Korina Arnaud Jiménez
Jefa del departamento Administrativo

C.P. Rogelio Aguilar Aguilar
Investigación y Recopilación



Un personaje Indeleble

Juana Cata, la mujer tejida con leyendas, la mujer de perturbadora belleza; Juana Cata, ardiente patriota de fuertes inclinaciones liberales, ligada de manera indisoluble con los mejores días de Porfirio.

Para comprender la importancia y el significado que tuvo en su lugar y en su época Juana Cata, es necesario recordar la situación económica y social que dominaba en el Istmo de Tehuantepec alrededor del año 1850.

La población de Tehuantepec con su categoría de villa, era circundada por el caudaloso río del mismo nombre, que alimentaba al puñado de habitantes de la villa, y una pródiga vegetación de árboles tropicales acompañada de variada fauna que incluía aves, cuadrúpedos y numerosos reptiles.

Los habitantes del lugar construyeron sus casas de cajón en el sitio que les pareció más acorde con sus necesidades, lo que originó una serie de estrechos callejones en los barrios más antiguos. A la llegada de los frailes dominicos, que construyeron el templo convento con una plaza en el frente, se pudieron alinear las nuevas calles a partir de estas construcciones que se tomaron como centro.

El drenaje era desconocido y las aguas sucias se vertían en la calle o callejón, y todos se abastecían del río para contar con agua para consumo diario. La herencia indígena se evidenciaba en las casas de carrizo sembradas en extensos patios donde crecían tamarindos y cocoteros, se complementaban con amplia enramada de palma, sostenida por vigas y horcones de guanacaste. El menaje de las casas comprendía una hamaca de ixtle o de hilo, una batea de madera sobre piedras o troncos de árbol que se



Juana Catalina Romero

usaba para el lavado de la ropa; ollas de barro colorado o siena, para guardar el agua potable y un poco de ropa, de humilde manufactura, colgada al descuido en clavijas de madera.

Los animales domésticos compartían los patios y las calles con niños desnudos que jugaban con la tierra y el agua del arroyo y, a veces, con toscos muñecos de barro (tanguyú) producidos en el barrio de Vishana. Los mestizos construyeron sus casas con materiales más sólidos como el adobe y el ladrillo, con vastos corredores que refrescaban las habitaciones interiores, amuebladas parcamente y adornadas con artículos que les llegaban de otras partes del mundo por el puerto de Veracruz.

Las vías de comunicación eran caminos abruptos y brechas pedregosas, y los medios de transporte se limitaban a pesadas carretas tiradas por lentos bueyes y algunos solípedos para el viajero que se aventuraba por esos peligrosos caminos, pues tenían que sortear ataques de animales feroces, asaltantes numerosos y los incidentes ocasionados por la continua guerra civil entre liberales y conservadores.

A pesar de esos inconvenientes, el comercio era bastante activo, aunque la compraventa era casi siempre basada en un acuerdo verbal, y si había alguno escrito, era avalado por las viejas costumbres. Muchas mujeres se dedicaban, como ahora, al comercio. Se desenvuelven con habilidad innata, y aunque son independientes, siempre las limitan las tradiciones familiares.

La mujer tehuana es emprendedora, seductora y solemne. Trabaja de manera incansable y siempre ofrece una sonrisa luminosa, que resplandece en su rostro como en su pecho lo hace su “ahogador” de monedas doradas. Su elegancia en el vestir, sobre todo para asistir a las “Velas”, radica en la selección de combinaciones en telas y bordados, que pueden tardar meses en ser terminados. Las tehuanas caminan con aires de gitanas, llenas de dignidad y altivez. Su carácter es alegre y son provocativas por naturaleza y muy seguras de sí mismas. En la fecha de este relato, aun caminaban descalzas y transportaban sobre sus cabezas canastos con mercancías que llevaban de su casa al mercado sin perder su porte real.

La inestabilidad política dejaba sus huellas por todo el país y el Istmo de Tehuantepec no era la excepción. El ejército liberal se había acuartelado en el convento de Santo Domingo en la villa de Tehuantepec y sus integrantes realizaban sus prácticas de campo durante el día. Por las noches se reunían con sus mujeres en el panteón del convento, donde cohabitaban hombres, mujeres, niños y animales domésticos.

Las comerciantes tehuanas acudían al cuartel a ofrecer en sus canastas totopos, pescado salado, camarón seco, iguana en amarillo y otros sabrosos guisos istmeños. Entre estas mujeres destacaba una doncella, de apenas 18 años, que lucía diferente a las demás. Se distinguía por su belleza y por su andar soberbio y desafiante. De ella decían en la villa, que tenía el don de curar y que era hábil en fabricar cigarrros de hoja, aromatizados con anís y jazmín istmeño. En el cuartel, el Jefe del Departamento Político del Distrito de Tehuantepec y, desde luego, encargado del manejo de las tropas liberales, era el joven Porfirio Díaz. El encuentro con Juana Catalina, vendedora de cigarrros, era inevitable.

En su trato diario y corriente con la tropa, Juana aprendió a usar las armas y tenía especial habilidad en el tiro con máuser. Pero también aprendió las debilidades cuarteleras del juego de naipes, el ruido del cubilete y el rodar de las bolas de marfil en el verde tapete de la mesa de billar. A pesar de que era muy popular entre la tropa, de la que recibía atrevidos pipopos, sabía imponerse y hacerse respetar.

Juana vivía con su tía Calixta en el barrio de San Sebastián, teniendo por vecinos a modestos artesanos y pobres campesinos. La casa tenía al frente un portón de vieja madera y dos ventanas sin protección alguna. En el interior, un fresco corredor daba acceso a una habitación donde colgaban dos hamacas. Sobre el piso de tierra, una mesa de madera sobre la cual lucía improvisado altar con el Señor de Esquipulas. Un baúl de madera fina guardaba ropas y adornos de ambas mujeres, y posiblemente, objetos y adornos de oro, que la leyenda cuenta, habían encontrado al reparar una de las gruesas paredes de la casa.



Por sus dones de curandera, Juana tenía trato con muchas personas, mujeres y hombres de ambos partidos políticos, lo que le permitía estar informada de los planes y movimientos políticos y militares que se daban en la región istmeña. Sus inclinaciones liberales y su actividad comercial, la llevaron a conocer y tratar a militares como Francisco Cortés, Porfirio Díaz y Remigio Toledo, estos dos últimos, ligados sentimentalmente con Juana Cata según las leyendas populares, que también cuentan que Juana llegó a facilitar a Porfirio, buena cantidad de dinero para que cubriera la soldada de sus tropas.

Lo más probable es que ella, a sus dieciocho años, haya quedado deslumbrada por la arrogante presencia de Porfirio, pero más que nada, por el poder omnímodo que él gozaba como Jefe Político del Distrito de Tehuantepec y que éste la hubiera utilizado como informante para organizar los movimientos militares que le permitieron reducir a sus enemigos.

La relación sentimental o amorosa en que tanto insisten las consejas populares, debió ser muy ligera, tanto por el poco tiempo que Porfirio permaneció en Tehuantepec, como por las constantes acciones militares que emprendió en ese lapso. Si ella se enamoró de Díaz, él la olvidó muy pronto pues no la menciona en sus memorias ni en su correspondencia. Ella conservó, si no el amor hacia Porfirio, sí su amistad y apoyo como lo prueban diversas cartas que le escribió cuando él era Presidente de la República y ella, la mayor comerciante del Istmo de Tehuantepec.

Por esos años viajaba por el Istmo el Abate Charles Etienne Brasseur, que había llegado a México en 1848 por primera vez; y en 1854, en un segundo viaje que realizó luego de haberse ordenado de sacerdote en Roma.

La comunicación interoceánica a través del Istmo de Tehuantepec fue y es un problema capital para México. A mediados del siglo antepasado, Inglaterra, Francia y Estados Unidos eran los más interesados en obtener la concesión para abrir un canal o construir una vía férrea. El estudio de las posibilidades geográficas y económicas del proyecto, era la motivación del viaje del Abate Brasseur, como lo demuestran los múltiples libros que escribió describiendo

sus hallazgos en el Sureste Mexicano, la fundación de la “Sociedad Americana de Francia” y la condecoración con la insignia de la Orden de Guadalupe que le otorgó el Emperador Maximiliano en 1865.

En su libro *“Viaje por el Istmo de Tehuantepec 1859 - 1860”*, Charles Brasseur muestra su sarcasmo en la minuciosa descripción de los americanos, en su interpretación de las luchas intestinas mexicanas y en su visión realista, aunque menos heroicas, de los personajes participantes. Entre las páginas de la obra mencionada, Brasseur describe a una mujer tehuana, a la que llama *“La Didjazá”* y aunque no menciona su nombre, estamos seguros que se trata de Juana Cata y de ella dice:

“Don Juan Avendaño era negociante y como casi todos los mercaderes, nacionales o extranjeros en las ciudades de América Central, tenía una tienda en la esquina de su casa, que daba al zócalo; junto a la tienda había una cantina y, en el gran salón contiguo, se encontraba un billar, juego introducido desgraciadamente por nuestros compatriotas, que les crearon el gusto a los hispanoamericanos, ya bastante jugadores. El billar reunía cada noche, en casa de Avendaño, a los notables de la ciudad, incluidos el Gobernador y el Prior de Santo Domingo. Era una reunión curiosa, particularmente en estos tiempos de agitación: se escuchaban muchas cosas y para mí era una fuente de nuevas observaciones cada día. Aunque las mujeres de Tehuantepec, exceptuando sin embargo a las criollas, son las menos reservadas que haya visto en América, tienen no obstante la suficiente modestia todavía de no presentarse en lugares públicos como éste. Nunca vi más que a una que se mezclaba con los hombres sin la menor turbación, desafiándolos audazmente al billar y jugando con una destreza y un tacto incomparables.

“Era una india zapoteca, con la piel bronceada, joven, esbelta, elegante y tan bella que encantaba los corazones de los blancos, como en otros tiempo la amante de Cortés. No he encontrado su nombre en mis notas, ya sea que lo he olvidado, o que nunca lo haya oído; pero me acuerdo que algunos, por broma, delante de mí, la llamaban la Didjazá, es decir, la zapoteca, en esta lengua; recuerdo también que

la primera vez que la vi quedé tan impresionado por su aire soberbio y orgulloso, por su riquísimo traje indígena, tan parecido a aquel con que los pintores representan a Isis, que creí ver a esta diosa egipcia o a Cleopatra en persona. Esa noche ella llevaba una falda de una tela a rayas, color verde agua, simplemente enrollada al cuerpo, envuelto entre sus pliegues desde la cadera hasta un poco más arriba del tobillo; un huipil de gasa de seda rojo encarnado, bordado de oro; una especie de camisola con mangas cortas caía desde la espalda velando su busto, sobre el cual se extendía un gran collar formado con monedas de oro, agujereadas en el borde y encadenadas unas a otras. Su cabello, separado en la frente y trenzado con largos listones azules, formaba dos espléndidas trenzas, que caían sobre su cuello, y otro huipil de muselina blanca plisada, enmarcaba su cabeza, exactamente con los mismos pliegues y de la misma manera que la calántica egipcia. Lo repito, jamás he visto una imagen más impresionante de Isis o de Cleopatra.

“No me extenderé acerca de su reputación: estaba al nivel del de la mayor parte de las señoras de Tehuantepec, de cualquier tipo que fueran; era la ligereza en las costumbres demasiado generalizada en esta ciudad, esencialmente voluptuosa por su carácter y situación, la que había obligado a don Juan Avendaño a separarse de su mujer y enviarla provisionalmente con su hija a casa de sus padres, en el estado vecino de Chiapas. Pero esta india, tan bella y tan seductora a los ojos de quienes se encontraban con ella, era objeto de misterioso terror para muchos otros.

“Algunos la consideraban loca; pero la mayor parte, sobre todo entre las clases bajas, la temían teniéndola por bruja y en comunicación con los nagueles o espíritus del monte Ruyadeja. Además del conocimiento profundo de las hierbas medicinales y de sus combinaciones, se le atribuía un sinnúmero de conocimientos de los que hacía uso, se agregaba, según le pluguiera, y hasta la destreza en el billar era considerada como parte de su magia. Los indios la respetaban como una reina; a cualquier hora de la noche que ella se atreviera a pasar por delante de

los puestos de guardia, los centinelas parecían reconocerla instintivamente y se abstendían de su *¿quién vive?*.

“En cuanto a mí, aunque bastante incrédulo respecto a su poder sobrenatural, no estaba en modo alguno molesto de tener una idea de lo que se consideraba como bruja en Tehuantepec. Cuando don Pancho Portocarrero, uno de los amigos de Avendaño, me llevó por primera vez al salón de billar con el fin de mostrarme esa maravilla, me pareció que las seducciones de su persona debían ejercer un poder más temible en aquellos que se dejaban arrastrar por sus encantos, que todos los sortilegios de sus brebajes encantados. No pude, sin embargo, dejar de encontrar algo extraño en su mirada; tenía los ojos más negros y más vivos del mundo, sobre todo cuando estaba ocupada en el juego. Pero había momentos en los que se detenía de pronto, apoyándose en el borde de la mesa de billar o contra la pared, con la mirada fija y empañada; se hubiera dicho la de un muerto. Un momento después bajaba los párpados y por debajo de sus largas pestañas de ébano relumbraba un relámpago que daba escalofríos al que tenía enfrente... Ni una sola vez tuve la ocasión de hablar con esta mujer, me contentaba con observarla mientras escuchaba lo que ella decía y lo que se decía junto a ella. Se expresaba en un castellano tan bueno como el de las mejores señoras de Tehuantepec; pero nada era tan melodioso como su voz cuando hablaba en esa hermosa lengua zapoteca, tan dulce y sonora que se podía llamar el italiano de América.” Hasta aquí la cita del Abate Brasseur.

De la venta de cigarros y otros menesteres, Juana Catalina forma el suficiente capital para abrir una pequeña tienda en el barrio de San Sebastián, y una vez que aprendió a leer, escribir y “hacer cuentas” cuando estaba por cumplir treinta años, su natural inteligencia le permite ver que las mercaderías que se producen en la región, tenían más valor y dejaban más ganancias si se vendían en otros territorios que carecían de ellas; por lo que comenzó a exportar en pequeñas cantidades, los productos que adquiriría en el istmo tehuano.

Con un capital ya consolidado, pudo adquirir terrenos cercanos al camino hacia Tlacotepec, que ya estaban sembrados con caña de azúcar. Realizó un viaje a Cuba para conocer la tecnología que usaban en sus ingenios y trajo al suyo los más recientes procedimientos para elaboración de azúcar refinada, piloncillo y aprovechamiento del bagazo de la caña como fertilizante en sus terrenos de siembra.

Su pequeño comercio creció al grado que se instaló en el centro de Tehuantepec, en un establecimiento que vendía de todo. Tanta prosperidad en relativamente corto tiempo, dio pábulo a la leyenda sobre el tesoro que había hallado, no en las paredes de su antiguo hogar, sino en las ruinas de Guiengola, lugar en donde los reyes zapotecas escondieron sus joyas más valiosas junto con las imágenes de sus dioses y otros objetos de culto, cuando fueron sitiados por los guerreros aztecas.

Juana Catalina Romero, cambió de Juana Cata a Juana C. Romero, amiga del Presidente de la República, viajera a Tierra Santa y diversas ciudades europeas y, sobre todo, magnífica benefactora de sus paisanos y gran impulsora de la educación, sobre todo para las féminas.

Después de una vida de contradicciones, con grandes dolores y alegrías inmensas, de una vida de superación constante, no solo en la acumulación de bienes materiales, mas en la transformación y construcción de una personalidad bondadosa y filantrópica, capaz de pensar en los demás y repartir su riqueza en beneficio de su pueblo, Juana C. Romero muere en Orizaba, Veracruz el 19 de octubre de 1915, en camino hacia la ciudad de México a donde acudía en busca de alivio a su deteriorada salud. Fue sepultada en la cripta que ya tenía preparada y la Ciudad de Tehuantepec lloró con música asordada la desaparición física de esta mujer que sigue viva, cabalgando en sus leyendas.



Carta de vida

Separar la historia de la leyenda en el caso de Juana Catalina Romero, sobre todo en los primeros años de su agitada vida, es bastante difícil por la falta de documentos que prueben sus orígenes.

El inolvidable sanblaseño, Emilio García Romero (†) nos relató lo que se guardaba en la familia como tradición oral, acerca del origen, infancia y juventud de Juana Catalina, datos que no podían comprobarse, no sólo por falta de documentación relacionada con los hechos, también por la situación social, política y económica de ese tiempo en el que no existían registros oficiales como ahora.

Así que podemos señalar, con base en la información de don Emilio, que Juana Catalina nació en noviembre de 1837 y que sus padres fueron Juan José Romero y María Clara Egaña, por lo que ella se llamó Juana Catalina Romero Egaña.

Familia de condición humilde pero muy laboriosa. El padre se dedicaba al cultivo de la tierra, entonces casi virgen en el Istmo de Tehuantepec, y también trabajaba un telar primitivo, con el que fabricaba burdas telas para uso del vestido de las mujeres tehuanas, el llamado “enredo”. Por su parte, la madre de Juana, doña María Clara, además de cumplir con labores hogareñas, elaboraba cigarros de hoja, con lo que contribuía a incrementar el exiguo presupuesto familiar.

Debido a la humildad de la familia y a la escases de centros educativos en la región, Juana Catalina no asistió a la escuela y salió de su analfabetismo hasta bien entrada en la edad adulta, con apoyo de algunos religiosos que llegaron a Tehuantepec, con

quienes aprendió a leer, escribir y los rudimentos de la Aritmética y también mejoró su forma de hablar y de vestir, que siempre fue muy elegante a pesar de su sencillez.

Don Juan José Romero murió cuando Juana Catalina aún estaba en la niñez. Junto con su madre dejaron el barrio Jalisco para vivir en el de San Sebastián en la villa de Tehuantepec. La niña Juana aprendió rápidamente a elaborar los aromáticos cigarros de hoja y, con la venta de ellos, pudo sobrevivir hasta convertirse en una esbelta y bella joven tehuana, forjada por las circunstancias de la vida con un carácter firme y resuelto.

Cuando cumplió 19 años, la Guerra de Reforma alcanzó Tehuantepec, donde como ya mencionamos, liberales y conservadores se alternaban en la ocupación militar de esa plaza. Juana Catalina pudo llevar una convivencia diplomática con ambos bandos, hasta que en 1858 llegó como Jefe Político y Militar a Tehuantepec, Porfirio Díaz.

La relación entre ambos, aunque es histórica, está más plagada y relatada por leyendas anecdóticas que engrandecen las figuras de ambos protagonistas. Sin embargo, el poco tiempo que permaneció Porfirio en Tehuantepec y sus constantes acciones militares, no permiten aceptar una relación sentimental seria y profunda.

La información que Juana Catalina obtenía en su trato con militares y personas del bando opositor de Porfirio, pudo servir a éste para obtener avances en su guerra contra los “patricios” conservadores de la región. En cuanto a la relación amorosa, caben todas las posibilidades, sobre todo si consideramos la juventud y fogosidad de los protagonistas.

Porfirio Díaz continuó sus ascensos en la carrera militar. Fue nombrado por Don Benito Juárez, Coronel después de la toma de Oaxaca en 1860 y más adelante, General de Brigada, posteriormente de División y así continuó hasta alcanzar la Presidencia de la República y permanecer en ella más de treinta años. La relación con Juana Catalina la conservó siempre, como lo comprueban diversos comunicados intercambiados entre ellos, a lo largo del tiempo.



Juana Catalina, con base en el producto monetario de la venta de cigarros y otros artículos, pudo iniciar un pequeño comercio en el barrio de San Sebastián, alrededor de 1867. En su éxito económico como comerciante, mucho influyeron el obispo José Mora quien la enseñó a leer y escribir y “hacer cuentas”, y don Juan Avendaño, quien además de Juez, era prestamista y dueño de una tienda en el centro de Tehuantepec que tenía anexos una cantina y un salón de billar y fue quien financió y aconsejó a Juana cuando su pequeño comercio comenzó a crecer mediante el tráfico con añil, azúcar, piloncillo, pescado y camarón secos y otros productos de la región istmeña.

El volumen de sus actividades comerciales creció rápidamente y se vio obligada a buscar un local más grande para establecerse. Contando con el dinero suficiente, adquirió una casa en las inmediaciones del mercado de Tehuantepec, donde en 1907 inauguró “La Istmeña”, cuyas instalaciones abarcaron el portal entero y los edificios contiguos y en la que vendía artículos traídos desde diversas partes de la república mexicana y de otras del mundo.

Pronto tuvo suficiente capital para comprar a la señora Irene de López, la finca Santa Clara, a la que posteriormente cambió de nombre por “Santa Teresa”; la finca se situaba en Mixtequilla, en el camino hacia Tlacotepec, y que ya estaba cultivada con caña de azúcar y contaba con algunas cabezas de ganado. Tenía como vecinos los ranchos de Las Jícaras, Las Ánimas y la hacienda de Zuleta. Los dueños de estos predios le aconsejaron que contratara un caporal y un grupo de peones aguerridos que pudieran contener a los “tecos” encabezados por Albino Jiménez, que constantemente trataban de saquear esas propiedades.

Juana consiguió una vieja caldera, tal vez proveniente de un buque desguazado en Salina Cruz, y habilitó un trapiche para obtener azúcar y un alambique para destilar aguardiente.

Para el año de 1867, entrando en la edad madura, Juana Catalina estaba establecida como una de las mayores comerciantes del Istmo de Tehuantepec, de donde exportaba cacao, añil y otros productos de la

tierra, y traía a su almacén artículos europeos como telas, perfumes, adornos caseros y otros artículos que llegaban por el puerto de Veracruz.

Por ese tiempo, llegaron a Tehuantepec los religiosos José Mora y Alberto Cajigas, enviados desde Oaxaca por el Arzobispo Gillow para reforzar la religión católica en la zona ístmica, que en la visita pastoral, el Arzobispo encontró muy descuidada.

Los religiosos llegaron a la casa de Juana Catalina, conocida por sus amplias relaciones comerciales, y le presentaron una carta de Gillow en donde le pedía los apoyara en sus necesidades de alimentación y alojamiento. Juana pidió le leyeran la carta y los religiosos cayeron en cuenta que ella no sabía leer. El Padre Mora se encargó de enseñarla y ella, muy pronto, pudo leer los libros que le proporcionaban los religiosos, quienes también pulieron sus modales, la forma de hablar, vestirse y conducirse y Juana Cata se transformó en Doña Juana, a quien la gente acudía en sus apuros económicos o morales. Aprendió a utilizar los adelantos tecnológicos que otros practicaban en sus fincas para modernizar la agricultura y también buscó el mejoramiento del nivel de vida de sus trabajadores.

Consiguió del Arzobispo Guillow, el envío de monjas teresianas, quienes llegaron al Istmo de Tehuantepec para fundar una escuela para niñas, pero desafortunadamente, las seis monjas murieron afectadas por la epidemia de cólera que coincidió con su arribo a esa zona.

Cuando realizó su primer viaje, fuera de su tierra natal, fue a la isla de Cuba, pues se había enterado que este país era el mayor y mejor productor de azúcar; a ella le interesaba en mejorar la producción de su trapiche, así es que desde esa isla caribeña, trajo cogollos de caña de azúcar de la variedad llamada "Habanera", con la cual mejoró mucho la calidad de su producción de azúcar y alcohol. Al correr del tiempo logró obtener medallas de reconocimiento a su calidad, en la exposición mundial de San Louis Missouri, Estados Unidos, y en 1908 en el concurso mundial de azúcar celebrado en Londres, Inglaterra. En estos grandes logros industriales y comerciales, tuvieron destacada participación, Don Alberto Gar-

cía y su esposa Juana Gallegos, quienes fueron los administradores de la finca azucarera.

En 1872, Juana Catalina era la mayor y más importante comerciante de Tehuantepec y del Istmo, con relaciones comerciales, no solo en esa zona, también en Veracruz y la Ciudad de México. En su finca y en sus demás empresas, daba empleo a muchas personas, a las que ayudaba con generosidad cuando tenían apuros económicos.

Realizó su primer viaje a Europa a la edad de 55 años, acompañada de varios sirvientes, pues ella no se casó ni tuvo hijos. Adoptó a Mariano, hijo natural de Juana Gallegos, al que dio su apellido, por lo que fue conocido como Mariano Romero, quien en 1884 casó con Mariana Garfias Salinas. Este matrimonio tuvo tres hijos: José Longino Romero, Juana Romero y María Luisa Romero, cuyos sucesores de Juana Catalina, son propietarios de los bienes heredados, como la Finca Santa Teresa, el chalet y el local que ocupó la tienda “La Istmeña” en el centro de Tehuantepec.

Juana Cata se distinguió por su espíritu altruista y su afán de llevar la instrucción a su pueblo. Además del colegio de niñas, atendido por monjas guadalupanas, también fundó y financió el colegio para varones “San Luis Gonzaga”, en un principio atendido por sacerdotes Maristas y posteriormente por profesores de la región. El colegio de niñas fue regido, a partir de 1906, por las madres josefinas y aun funcionaba en 1990.

Aun tuvo tiempo para viajar otra vez a Europa en 1913 y visitar Tierra Santa, cumpliendo uno de sus más caros anhelos. Este viaje fue el más prolongado que realizó, pues lo inició abordando un vapor en Salina Cruz para llegar a San Francisco; cruzar en tren el territorio Norteamericano hasta Nueva York y de ésta ciudad a Europa. La acompañaron varios miembros de su familia adoptiva como Josefa Garfias Salinas y María Luisa Romero.

Otra aportación importante hecha por Juana Catalina, fue la estilización del traje regional de la tehuana, para el que usó muselinas y encajes para el “resplandor” y seda con los hermosos bordados que aun se usan en huipiles y faldas. La fastuosa “Vela

Bini” iniciada por ella en 1907 para festejar a visitantes nacionales y extranjeros al Istmo de Tehuantepec con ocasión de la inauguración de la línea del ferrocarril, conservó por muchos años la suntuosidad que le daban candelabros, espejos, alfombras y otros adornos importados de Europa por Juana Cata.

Rodeada del agradecimiento de sus paisanos y del profundo dolor de sus familiares, Juana Catalina Romero Egaña falleció el 19 de octubre de 1915, en Orizaba Veracruz, en un viaje que hacía a la Ciudad de México en busca de alivio a su deteriorada salud.

Aquí la recordamos con respeto y admiración por todo lo que realizó en beneficio de su tierra natal, por su generosidad y altruismo con sus paisanos, pero sobre todo, por su incomparable desarrollo y superación como ser humano.

RA 2015.

ANECDOTARIO

DEL FERROCARRIL Y EL CHALET

En una ficción romántica y atrevida, aprovechando el paso del ferrocarril a la vera del elegante chalet estilo francés que doña Juana construyó atrás del mercado central, se realizaron comentarios que sin precisión alguna sólo querían mantener el hálito romántico que rodeó a una pareja como la de Juana Catalina y Porfirio Díaz, más como un relato impreciso y por cierto, paradójicamente bello. Si hubo algún romance entre estas dos personas que en los capítulos de su primaria juventud la una y de su consolidada madurez y galanura en el otro, fue un romance justificado en los avatares de los capítulos liberales de la historia del siglo XIX, y en la fascinante atracción que pudieron haber tenido circunstancialmente como pareja. Por eso, se realizaron relatos no comprobados y en ocasiones hasta ilógicos, pretendiendo perpetuar los amoríos de Juana Cata con el Soldado de la Patria; por eso se dijo que don Porfirio hizo que las vías del ferrocarril pasaran rosando el



Dos mujeres de Tehuantepec con jicalpextles. Foto de Tina Modotti

corredor de dicho chalet construido bajo la supervisión del arquitecto alemán de nombre Burgmeister, con la finalidad de que al paso del ferrocarril, pudiera llegar de un salto hasta los brazos de su amada.

Nada más incierto e impreciso. Sin embargo, Francie Chassen afirma en sus artículos que el chalet en comento fue construido en el año de 1912, con lo cual se origina una inmensa confusión de datos envueltos en las galas del amor a la patria chica, a la conseja y, repito, al romanticismo popular; si el dato de Chassen es preciso, el famoso chalet nunca fue conocido por don Porfirio, quien meses atrás había tomado el Ipiranga rumbo a Europa. De tal suerte que el escándalo de que un Presidente de su alcurnia hubiera tenido por tan absurda decisión, lo hubieran llevado más allá del romántico relato al chisme vulgar y a la diatriba. Tan absurdo fue este comentario como aquel otro de que el joven militar al ser perseguido por los conservadores, se guarneció bajo las faldas de la bella y espigada Juana Catalina. Qué tontería, el bragado Porfirio escondiéndose en los refajos de una dama tan querida y tan admirada por su pueblo.

DEL ENCUENTRO

La ciudad de Oaxaca no volvió a tener la presencia física de don Porfirio, debido a la actitud asumida ante su esposa Carmelita Romero Rubio, por diversas damas que fueran amistades de su primera esposa, su sobrina Delfina Ortega, cosa que sucediera cuando con un séquito importante viniera a inaugurar el Ferrocarril Mexicano del Sur el 12 de diciembre de 1892; sin embargo estuvo presente en dos ocasiones más en el estado de Oaxaca, tanto en 1905, para inaugurar el Ferrocarril del Istmo como en 1907 para inspeccionar las obras del Puerto de Salina Cruz referentes al muelle, al dique seco, a la propia terminal del ferrocarril descrito, todo teniendo como testigo los cañones arrebatados al ejército francés y dispuestos en las alturas próximas a la Bahía de la Ventosa.

En aquel acto presidencial de 1905 su amiga de años anteriores, lo recibió organizando una serenata

con la banda de música que estrenaba instrumentos financiados, ocasión para la cual las familias más destacadas acompañaron a la ilustre benefactora de Tehuantepec, vestidas las mujeres asistentes, con el traje tradicional que para entonces, y gracias al comercio de Juana Cata, había adoptado las finas telas europeas para diseñar huipiles y elegantes faldas que sustituyeron la sobriedad del huipil y el enredo indígena que Charles Brasseur comparara con el atuendo de una diosa egipcia, sin que esto significara desplazar la identidad que hasta la fecha da sentido al traje istmeño. Estas galas femeninas no sólo daban vistosidad a la mujer istmeña, también fueron testigo de la creatividad en las manos de quienes bordaran el vergel tehuano que hace comunión con el oro de los ahogadores producto de las monedas pagadas en la construcción del mismo ferrocarril por los contratistas norteamericanos.

Guillermo García Manzano



Chalet de Juana Cata recién inaugurado, 1912



CASA DE LA CULTURA
OAXAQUEÑA

Una muestra de su talento

El nombre de Juana Cata aún se escucha en la tierra istmeña y aunque esta mujer indeleble no dejó testimonios escritos, pues tal vez nunca pensó en el alcance de sus obras; ni tampoco escribió poemas, ni novelas, ni canciones, ha dejado una huella permanente en el pueblo que tanto amó.

Quienes se han empeñado en conocerla, poco han encontrado en el rigor de las evidencias documentales que aunque escasas, si existen, tal como ocurrió con el trabajo histórico de Francis Chanssen a quien movió la luz de la mujer que obtuvo títulos como dueña de tierras, que brilló en el comercio, que participó en la política y que destacó con luz propia en la sociedad de la segunda mitad del siglo XIX y que alcanzara su cenit en la primera década del XX; o como irremediablemente ocurre con los biógrafos de don Porfirio Díaz, que como Enrique Krausse, encuentran a esta tehuana ligada en una fuerte alianza de juventud.

A su encuentro han ido también los cronistas como Raúl Cruz Aguillón, quien llega hasta ella cuando profundiza en los temas oaxaqueños; en su defensa y promoción se lanzan sus paisanos y familiares, como el padre Vishido, doña Margarita Toledo y como su esposo Emilio García Romero (+) quien tuvo la valentía de enfrentar su criterio y su verdad ante el relato de Enrique Krauze. Todos ellos afanosos han tratado de reconstruir su perfil, mientras observan sus fotos, recorren su challet y espían en la oralidad familiar que les permite adivinar las aficiones, el compromiso, los sentimientos y la pasión de esta mujer que aunque no tuvo descendencia de sangre, supo amparar a toda una generación tehuana que fue educada con su patrocinio.

Tras su leyenda también van las familias humildes, que son la descendencia de quienes trabajaron en su hacienda, de quienes deben su formación profesional y también de quienes la vieron servir humildemente y con devota espiritualidad a los enfermos; de su mítico paso han dado cuenta los viajeros que la encontraron en el camino; los ferrocarrileros que afirman haber escuchado su historia; la gente del mercado, los taxistas, la gente mayor y también la infancia; tras su leyenda van novelistas, poetas y cantores.

Y como dicen que obras son amores, sigamos la huella indeleble de Juana C. Romero...

- 1856 a 1860, participa con Remigio Toledo, Francisco Cortés y Fray Mauricio López en el trabajo liberal en Tehuantepec.
- 1880, compra tierras a las afueras de Tehuantepec para fundar la finca que llamó “Santa Teresa”.
- 1892, estableció dos escuelas en Tehuantepec, una para varones y otra para niñas e invita a las primeras monjas Guadalupanas para hacerse cargo de la escuela de niñas y a los padres Maristas para el caso de los niños.
- 1904, durante la mortífera epidemia de viruela que azotó al Istmo de Tehuantepec, financió los gastos de personal médico y paramédico en auxilio de los afectados a quienes también proporcionó medicina y comida.
- 1904, el azúcar molida “Santa Teresa de Jesús” ganó una medalla de plata en la Exposición Universal de San Luis Missouri.
- 1906, para continuar con la labor de educar a niñas, invita a las monjas Josefinas y se encarga del pago de su salario, hospedaje y alimentación; además, estableció un dormitorio para estudiantes que comenzaron a llegar de lugares como Salina Cruz, Ixtepec, Ixtaltepec, Juchitán, Puerto México, Veracruz y Chiapas.
- En su memoria, la escuela ahora se llama Juana C. Romero y los tehuanos radicados en el D.F. dispusieron su monumento en la plaza principal de Tehuantepec.

- En 1907 para celebrar 70 años de vida, 40 dedicada al comercio y 27 de cultivar la caña y producción de azúcar, abre las puertas de “La Istmeña”.
- 1908, obtiene el primer lugar en el concurso mundial del azúcar celebrado en Londres.
- Fue fundadora de la vela Bini -gente grande- que se realizaba en un salón con columnas de madera pintadas en blanco y oro, cubierto con un gran cielo de cañamazo del cual pendían candeleros de cristal, donde queda manifiesta su gran influencia en lo que sería considerado el uso correcto del traje tradicional.
- A su financiamiento se debe la intervención de la Catedral de Tehuantepec, cuyo piso fue dotado con mármol de Carrara; también la restauración de la Capilla de San Pedro, la barda del panteón del Refugio que dotó con un gran portón de hierro, además de obras como los anexos al mercado central, el apoyo a la construcción del palacio municipal y el embellecimiento del zócalo.

María Concepción Villalobos López



**CASA DE LA CULTURA
OAXAQUEÑA**

Fuentes:

- F. Chassen. Acervos. Vários números.

- Fuentes orales:

C.P. Emilio García Romero (†)

Sra. Margarita Toledo



CASA DE LA CULTURA
OAXAQUEÑA